

Nació en Murcia el 20 de febrero de 1991. En la actualidad es estudiante del 2º curso de Grado en Historia en la Universidad de Murcia. Ha ganado varios premios en certámenes de dibujo, fotografía y relato corto. Su interés por la Historia le ha llevado a entrar en contacto con el mundo de la Arqueología y, por medio de los estudios y participando en distintas campañas de excavación, trató de encontrar su futuro en ella.

David Omar Sáez Giménez

(Murcia, España)

Sexto Accésit del IV Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

PARAÍSO PARTICULAR

Rafael salió del último examen de su primer curso en la Universidad con una gran sensación de alivio. Ante él tan sólo quedaba un largo verano para descansar, y dedicar tiempo a su pasión por la Historia.

Tras él se abrió la puerta de su clase, su compañero Alejandro se aproximó a él con una cierta decepción reflejada en el rostro, pero la sonrisa de Rafael le recordó el verano y el gesto le cambió por completo.

—Bueno, Rafa, ¿qué vas a hacer este verano?



—Pues mañana me voy con el de Arqueología a trabajar en una excavación. Se vienen también Fran y Carlos. Estaremos allí unos quince días...

—Yo paso de eso, estas vacaciones no pienso hacer nada... me voy a la playa a pegarme una fiesta y a descansar...

Descendieron juntos las escaleras del aulario y salieron de la Universidad. Al llegar a la puerta de una librería cercana, se despidieron hasta septiembre y Rafael entró al establecimiento buscando un libro con el que poder conocer algo más de la historia del lugar donde empezaría a trabajar al día siguiente.

Nada más terminar de cenar, Rafael corrió a su cuarto, se tumbó en la cama, abrió el libro que había comprado en la tienda, y se quedó absorto imaginando la leyenda con la que comenzaba el primer capítulo...

«Al despertar volvió a sentir aquel alivio que antaño sólo le había facilitado el mundo de los sueños, y es que junto a ella se sentía seguro, lleno, como si hubiese descubierto que tan sólo a su lado podría ser feliz, y antes de unirse a ella, toda su vida hubiera carecido de sentido.

Contempló la razón por la que desde hacía algún tiempo se despertaba con aquella sensación cada mañana: la noche había arrastrado la fina sábana, y había dejado al descubierto su espalda y la mitad de sus glúteos. Su oscura piel, bronceada por el sol de Al-Ándalus, contrastaba fuertemente con la blancura de aquellas sábanas de seda que, aún cubriéndola, permitían entrever su delgada y bella figura.

Sus cabellos morenos se posaban suavemente sobre una almohada a la que la pasión nocturna había empujado al borde del lecho. Su boca, algo entreabierta, permitía vislumbrar unos pequeños dientes casi tan blancos

como los ropajes de cama; y sus ojos, cerrados aún, parecían reflejar los sueños a los que la magia de la noche la había conducido aquel día.

No pudo evitar la tentación de reclinarse sobre ella para aspirar aquel olor que tan cercano a su nombre le parecía.

De pronto ella se movió, la luz que se colaba entre las cortinas, pareció devolver a la princesa al mundo real, y con ella al califa, que cambió el gesto y se entregó a otras reflexiones.

Y es que aquél que había sido capaz de autoproclamarse califa, de conducir a su pueblo a la gloria, de llevar a la capital a su máximo esplendor; se sentía, sin embargo, apabullado ante la mera presencia de su amada. La impotencia y la desazón lo azotaban ante la sensación de ser incapaz de mostrar su amor a Zahara. Sentía que jamás nada podría reflejar todo ese amor, que jamás podría explicar lo que ella le hacía sentir, y esa misma sensación era la que le había capacitado para afirmar que realmente estaba enamorado, pues, pensaba él que, aquél que jamás hubiera experimentado aquellos sentimientos de admiración, la necesidad de emprender una obra digna de tan divina creación, nunca estuvo enamorado.

Zahara abrió los ojos, no sin esfuerzo, y buscó junto a ella a su amado con la mirada. Él le sonrió, como cada amanecer, pues era incapaz de mirarla sin hacerlo.

—Cuéntame Zahara, ¿qué has soñado esta noche?

Ella parpadeó varias veces, se incorporó en el lecho y se cubrió levemente el cuerpo desnudo con la sábana. Tras un instante de silencio habló con su dulce y suave voz:



—He soñado con un lugar maravilloso, un lugar que jamás mis palabras podrían llegar a describir, parecía el paraíso mismo... el agua, las flores, cada sonido... las aves... — mientras pronunciaba estas palabras se volvió a recostar con una sonrisa dibujada en el rostro. Y, entomando los ojos, se entregó de nuevo a aquel mundo de ensueño.

Abderramán se acercó al borde de la cama, y, acariciando la pierna que Zahara había dejado al descubierto, se puso en pie. Se cubrió con el albornoz rojo que el día anterior alguien había dejado junto a la ventana y sonrió de nuevo a su amada justo antes de abandonar la estancia.

Era habitual que el califa se levantara temprano dejando a su favorita en la cama, pero esa mañana algo parecía diferente. Recorrió los pasillos saludando animadamente a los soldados, sirvientes y familiares que también habían madrugado.

Entre risas y saludos cruzó el patio que le separaba de la estancia de su arquitecto, y, temiendo que éste aún no se hubiese despertado, abrió lentamente la puerta. Por suerte, el arquitecto se hallaba en pie frente a su mesa trabajando en un proyecto, sorprendido miró hacia la puerta. El califa, entró, volvió su vista atrás, y sonrió una última vez antes de cerrar la puerta.

Casi dos horas después el califa abandonó la estancia del arquitecto haciendo un único mandato: "hazlo".

El arquitecto se quedó frente a los garabatos que el califa le había planteado como proyecto, y preocupado comenzó a hacer un balance de todas las posibilidades... pero, ¿cuántos antes que él se habían entregado a la misma empresa? ¿cuántos lo habían conseguido? ¿cómo traer

el Paraíso a la Tierra? Aquel encargo era casi una blasfemia, pero sin duda era todo un reto y una oportunidad al alcance de muy pocos.

El arquitecto tomó todos los dibujos que había sobre la mesa y los arrojó al suelo, tomó un nuevo rollo, lo aplastó contra el tablero y comenzó a trazar líneas con un carboncillo...

Mientras tanto, el califa subió a la torre más alta del palacio, se detuvo junto a uno de sus guardias y observó atentamente todo el paisaje que lo rodeaba. Contempló en un primer momento la ciudad a sus pies: Córdoba se mostraba aquella mañana como una ciudad atareada, con grandes planes, a la par que altiva, consciente de su fuerza y capacidad. El califa, como si a un hijo se dirigiese, susurró a la ciudad: "pronto tendrás la novia que mereces...". Seguidamente entregó su vista a un monte cercano, lo contempló fijamente y comenzó a perfilar una silueta invisible con el dedo índice.

El guardia que se encontraba de pie junto a él, preocupado, preguntó:

—Alteza, ¿ocurre algo?

El califa, sin apartar la vista de la montaña, le respondió con otra pregunta:

—¿Estás enamorado?

—... sí, de mi mujer, claro... — respondió dubitativo.

—Ve ahora y demuéstraselo, tu turno ha terminado.

Acto seguido, Abderramán regresó corriendo a las dependencias del arquitecto, irrumpió en su interior y gritó:



—¡Lo tengo! La construirás en el Monte de la Novia, el Yebel al Arus será el lugar idóneo.

—Allí la construiré —le respondió el arquitecto y, con las manos completamente cubiertas de tizne negro, le mostró algunos dibujos al califa.

Los meses pasaban y los bocetos crecían sobre la mesa del arquitecto. Cada mañana el califa visitaba la estancia de éste y se encerraba junto a él para ultimar hasta el más mínimo detalle. En ocasiones, los habitantes del palacio se acercaban a la puerta del arquitecto preocupados por los gritos fruto de las animadas discusiones entre ambos. En otras ocasiones, el proyecto desembocaba en risas, pero, ocurriese lo que ocurriese en el interior de aquella pequeña habitación alimentada únicamente por la luz que entraba por una diminuta ventana y la de unos candeleros que flanqueaban la mesa, el califa siempre salía de ella con aires de satisfacción y con una sonrisa que la mayoría de las veces, no era capaz de disimular.

Pronto todo estuvo a punto para el inicio de las obras.

Los meses se convertían en años, y los rumores empezaban a correr entre los cordobeses curiosos e impacientes por conocer lo que estaba ocurriendo a escasos kilómetros de la capital, y entre ellos estaba Zahara. La princesa no había sido advertida de tales obras... Por ello, cada día, en cuanto tenía la oportunidad de charlar con el califa, le hacía la misma pregunta:

—¿Qué estás construyendo en el Monte de la Novia?

A lo que Abderramán siempre respondía con una sonrisa, y, callándola con un beso en los labios, añadía un "ya lo sabrás".

Una mañana, cuando el paso de los años había hecho desaparecer de su mente cualquier atisbo de curiosidad, Zahara se despertó entre los susurros de su amado... "despierta mi vida, tengo que mostrarte algo"... Al abrir los ojos vio junto a su cama un bello vestido blanco nuevo que había sido tejido expresamente para la ocasión. Se levantó y, elevando los brazos, dejó que el califa dejase deslizarse la blancura de su nuevo vestido por su bronceado cuerpo, la ligereza de aquellos tejidos le hizo sentir un escalofrío. Tras girar y danzar varias veces por la estancia sin poder disimular la felicidad que le producía aquel regalo, fue interrumpida por Abderramán, que la tomó de la mano y, sonriendo, la dirigió hacia la puerta, donde los esperaba todo un séquito de guardias, doncellas y demás funcionarios, todos vestidos con sus mejores galas.

Todo el séquito se dirigió a la entrada de las cuadras, donde se estaban preparando los mejores caballos. Cuando todo estuvo listo pusieron rumbo al norte, a la Sierra de la Novia...

Cuando dejaron atrás el bullicio de la ciudad de Córdoba y pudieron contemplar los montes que la rodeaban, un gran resplandor blanco hizo su presencia a los ojos de los espectadores que, conforme se acercaban a él, iban distinguiendo las formas de unos grandes muros y torreones que relucían con el mármol del que estaban hechos. Cuanto más se acercaban más parecía que aquella mañana el Yebel Al-Arus extendía sus brazos ofreciendo un regalo a la gran ciudad de Córdoba.

Zahara, boquiabierta, era incapaz de pronunciar una palabra. Atravesando los extensos campos de olivos, comenzaron a rodear aquella nueva ciudad que vista desde el exterior resplandecía impoluta. Su sencillez y sobriedad la dotaban de una elegancia y una presencia que



ninguno de los visitantes había podido encontrar en ningún otro lugar. Se dirigieron hacia el norte remontando la sierra para entrar a la nueva ciudad desde su parte más alta.

Desmontaron ante el gran portón de entrada, donde les aguardaba el cuerpo de guardia ataviado con unos espléndidos uniformes en los que se reflejaba la blancura de la ciudad. Impasibles, formaban un pasillo que se dirigía hacia el interior del arco de entrada, donde se encontraban en pie y también elegantemente vestidos los ejecutores de la obra, escultores, arquitectos, ingenieros, albañiles, se encontraban formando un gran ejército que ocupaba la gran explanada al otro lado de la puerta.

Abderramán tomó de la mano de Zahara, y la invitó a entrar. Enmudecida y absorta por el brillo de los mármoles, jaspes y bronces, Zahara se dejó llevar hacia el interior. Al ver una inscripción en el interior del arco que dictaba "a mi flor", no pudo contener por más tiempo las lágrimas de emoción. El califa saludó a cada uno de los trabajadores, que sonreían orgullosos. Al llegar al final, besó a su arquitecto y lo abrazó entre risas que casi se transformaban en llantos de felicidad.

Cuando el califa se dirigió junto a Zahara al interior de un gran palacio que ocupaba el lugar más alto de la nueva medina, los trabajadores deshicieron las filas y comenzaron a pasear por la ciudad para contemplar detenidamente su obra, los visitantes se repartieron por todo el lugar con los ojos bien abiertos, nadie quería perder detalle de todo aquello, mientras, los guardias tomaron a los caballos y los dirigieron a la zona más baja de la ciudad.

Abderramán, sin soltar la mano de Zahara, se apresuró en entrar al palacio y en llevar a su amada al piso superior sin darle tiempo a que

podiese contemplar las hermosas alfombras que recubrían el suelo, ni los candiles dorados que pendían del techo, ni las finas cortinas de seda que flanqueaban las ventanas o los arcos cuidadosamente tallados que salpicaban los grandes salones que atravesaban; el califa parecía más interesado en mostrar a su favorita otra cosa.

Una vez en el piso de arriba y tras haber atravesado varias puertas cada una de ellas más bellamente decorada que la anterior, llegaron a una oscura estancia. Abderramán invitó a Zahara a sentarse en una inmensa cama que ocupaba el centro de la estancia. El califa se dirigió entonces al frente de ésta y tiró de unas grandes puertas que cedieron con un leve chirrido y dejaron entrar la luz en la estancia. Cuando Zahara recobró un poco la vista, se levantó de la cama y caminó como hipnotizada hacia el balcón al otro lado de las puertas que se acababan de abrir.

Frente a ella se encontraba un mundo de ensueño: cada detalle parecía estar diseñado por alguien que conocía a la perfección sus sueños... desde el balcón podía contemplar una reluciente ciudad que descendía formando terrazas hasta el mismo cauce del Guadalquivir, que serpenteaba como si de un hilo de plata se tratase, hacia la ciudad de Córdoba. En el interior de los muros podía contemplar todo un mundo mágico en forma de laberintos de jardines en los que los mantos de mirto, lavanda, lirios y rosas, compeñían en una batalla de colores y aromas. Un mundo que parecía salido de las más bellas historias del Oriente, aquel paisaje le recordaba los cuentos de las "Mil y una noches", o la seducción de la reina de Saba al rey Salomón... Miles de senderos recorrían toda la medina flanqueados por cipreses y romeros en dirección a hermosas fuentes de bronce que surfían incesantemente el agua de la sierra. De las fuentes brotaban pequeños hilillos de agua que descendían brillantes



Únicamente interrumpidos ocasionalmente por hermosas construcciones en forma de pabellones y salones decorados por estelas con versos esculpidos en yeso que describían cada detalle del paraíso islámico. Más abajo, en la segunda terraza, se alzaban unos grandes minaretes que competían en altura con los cipreses y desde donde los hermosos cánticos de los imanes comenzaban a sonar llamando por primera vez a la oración en el interior de Medina Azahara. Otras veces eran inmensas jaulas doradas con animales traídos de todos los lugares del mundo, lo que interrumpía la continuidad de los jardines. Algunas de aquellas jaulas albergaban en su interior una gran cantidad de aves cuyos plumajes no eran menos bellos que los cantos que el aire transportaba desde sus picos al oído de Zahara. Aquel parecía un lugar construido únicamente para ella, allí podía encontrar todo lo que necesitaba y todo con cuanto había soñado. Era exactamente igual que sus sueños, creía ella. Pero en ese momento Abderramán la tomó de la mano mirando al horizonte, ella le miró sonriendo y comprendió que era mucho mejor que cualquier ensoñación, pues junto a ella se encontraba su amado contemplando su Paraíso...»

Aquella mañana Rafael se despertó media hora antes de que pudiese hacerlo el despertador que había preparado para que sonase a las seis. Nervioso y apresurado se levantó de la cama haciendo caer el libro con el que se había quedado dormido la noche anterior y corrió a su armario a buscar cualquier prenda vieja que pudiera ensuciarse en su primer día de trabajo. Salió de su habitación en silencio para no despertar a su hermana o a sus padres, pero en el camino encontró a su madre, que conocía bien la ilusión que despertaba en su hijo el su primera excavación arqueológica, se había levantado incluso antes que él y le había preparado todo lo necesario para aquella primera jornada.

Tras despedirse de sus padres, bajó a la calle donde le esperaba un coche conducido por su profesor de universidad, se montó en él y pusieron rumbo a aquel yacimiento con el que en tantas ocasiones había soñado. Nada más montarse en el coche le enseñó a su profesor el libro y le contó lo que había leído la noche anterior. Y el profesor, orgulloso del interés de su alumno, quiso contarle la historia completa...

«Sin embargo, el resplandor de Medina Azahara no fue eterno, sino más bien efímero, menos de un siglo después, los salones estaban ocupados por una horda de bereberes que habían utilizado las alfombras para proporcionarse calor. Los candiles salpicaban el suelo y eran utilizados como hogueras, las fuentes se habían convertido en abrevaderos de los que bebían los caballos del ejército en rebelión. En las jaulas ya no se escuchaba ningún canto, y las puertas se encontraban abiertas. De las paredes había sido arrancado cualquier vestigio de riqueza, y el aroma del azahar había sido sustituido por el hedor de las hogueras y el agua estancada en las albercas.

Cuando la población enfurecida de Córdoba atravesó la puerta, ya nada quedaba que llevarse más que el recuerdo en la mente de aquellos que habían podido contemplar el esplendor de aquella bella ciudad que había sido el sueño, no de una, sino de cualquier persona. El incendio no tardó en propagarse por los jardines...

Durante siglos el viento barrió la ciudad resplandeciente haciéndole perder su brillo. Poco a poco, al igual que su significado se desvanecía del ideario del pueblo, lo hacía también bajo la arena que la iba sepultando, condenada parecía al olvido.»



Al llegar a Medina Azahara, el coche se detuvo y descendieron entre risas y bromas Rafael, su profesor, y dos compañeros a los que habían recogido en el camino, se reunieron con el resto de arqueólogos, estudiantes, dibujantes,... que en los próximos quince días se encargaría de devolver a la vida aquella ciudad. Tras escuchar a los directores de la excavación todo lo que había planeado para esa campaña, y una vez repartidas las funciones y sectores de cada uno, el equipo se distribuyó por todo el área de excavación. A Rafael y a un compañero más les tocó un sector que ya se había comenzado a excavar en la campaña anterior, por lo que su trabajo debía ser aún más cuidadoso y riguroso que el de otros estudiantes que, armados con guantes y picos, comenzaban a desbrozar y a quitar la primera capa de tierra.

Tras varias horas extrayendo tierra y cientos de pequeños fragmentos cerámicos, Rafael comenzó a limpiar una superficie dura que descendía en vertical, de pronto, vio cómo una parte de aquella pared comenzaba a mostrar una serie de hendiduras que su multiplicaban y alargaban a medida que él retiraba la capa de tierra que la recubría. Cuando comprendió de qué se trataba sintió un vuelco en el corazón, estaba limpiando la decoración epigráfica del interior de una estancia.

Aquel momento se convirtió en algo muy íntimo, Rafael sintió que aquellas escrituras en la pared habían sido esculpidas por una persona con unas inquietudes y sentimientos que no debían diferir de las suyas, que aquellos trazos que ahora estaba acariciando con la yema de los dedos habían sido cuidadosamente tallados por las manos de un hombre que hoy era Historia, trazos que habían sido protegidos durante siglos por la tierra tan solo para que él, y nadie más, pudiera experimentar aquella sensación. Como si el tiempo se hubiera detenido en algún momento tan

solo para que él pudiera contemplar aquellos fragmentos de Historia como únicamente los habían podido contemplar los hombres que allí estuvieron mil años antes.

Cuando Rafael abandonó el ensueño al que le había transportado aquel trocito de pared y recobró la consciencia del año en que vivía, llamó gritando a su profesor, quien se acercó hasta él y contempló lo que Rafael le señalaba orgulloso.

El profesor era un experto en epigrafía islámica, por lo que aquel descubrimiento era especial también para él, e indicaba el comienzo de una exitosa campaña. Sonrió, se agachó junto a Rafael, y agarrándole un hombro le señaló unos trazos en la inscripción...

¿Ves esos trazos alargados? Limpió un poco los contornos con los dedos y continuó: Está un poco desgastado, pero son los restos de una palabra, la palabra "Paraíso".